

El valor de la arquitectura del siglo XX / Teodoro González de León

Arquitecto. Premio Nacional de Ciencia y Artes, 1982
Miembro de El Colegio Nacional.

Hablar en abstracto del valor de la arquitectura del siglo XX nos ilustra poca cosa; en el enunciado está el contenido, es una tautología. Lo que importa es dar el paso siguiente, inevitable: hacer un catálogo razonado de las obras que hay que salvar. Y a partir de ese catálogo se podrán valorar las acciones a emprender. Pero un catálogo no es una tarea fácil. Implica seleccionar, y esto compromete. Incluir todo es fácil pero es irresponsable. Elegir y descartar es complejo, riesgoso y exige responsabilidad. Es una tarea que además debe incluir varios puntos de vista de críticos y arquitectos. Y me atrevo a sugerir que tampoco sean muchos. Un grupo grande tendería a incluir todo. Se trata de una tarea científica, que debe producir una selección que convenza y entusiasme a los dueños de los edificios y a las autoridades (INBA e INAH) que los protegerán. Esta es la primera tarea.

Quiero ahora hacer dos reflexiones que me surgen en torno a este asunto. Siento que la arquitectura moderna, la que aspiramos a practicar, no goza de una aceptación plena en la sociedad en que vivimos. No me refiero sólo a México, es en todo el mundo. La sociedad es muy distinta de la que imaginaron los pioneros del Movimiento Moderno al inicio de este siglo, y a la que querían reformar a toda costa. Se ha vuelto plural en lugar de uniforme, como pensaban. Es una sociedad con gran diversidad de gustos y aspiraciones, yo diría contradictorios. El sector de la sociedad que entiende, busca y gusta la arquitectura y el arte moderno es, en todos lados, minoritario. En la música se da el caso extremo. Durante el siglo que termina no hemos escuchado (más que en grabaciones) a nuestros músicos contemporáneos. La programación, conservadora y orientada al mercado, de las salas de concierto no ha dedicado ni el 2 % del tiem-

Le Corbusier. Interior de la Villa Savoye. Poissy, 1931. Fotos: Juan I. del Cueto



Siento que la arquitectura moderna, la que aspiramos a practicar, no goza de una aceptación plena en la sociedad en que vivimos. El sector de la sociedad que entiende, busca y gusta la arquitectura y el arte moderno es, en todos lados, minoritario.



Le Corbusier. Convento de La Tourette, 1960.

po a la música contemporánea. En arquitectura los edificios en altura y los industriales son los únicos que digiere la sociedad. Tal vez se deba al respeto que se le rinde a la técnica constructiva y sus alardes. Pero muy poco ha penetrado la arquitectura moderna en la vivienda. Hace unos meses, en la celebración de los 50 años de la Unión Internacional de Arquitectos, comentaba lo que observé en el trayecto de 80 kilómetros, del aeropuerto a la ciudad de Lausana, donde se realizaba el evento: en un paisaje, entre rural y urbano, sólo vi algunos *chalets* suizos, muchos pastiches de chalets y ninguna edificación moderna, con excepción de dos plantas industriales. Este ejercicio lo podemos hacer en cualquier parte del mundo. A qué voy con esto: solamente a que estemos prevenidos. No vamos a contar con el apoyo entusiasta de la sociedad ni de las autoridades para la preservación de la arquitectura moderna. Ustedes saben que existen y operan (vigiladas celosamente) legislaciones retrógradas que prohíben

la intervención de la arquitectura moderna en nuestros centros históricos y en lo que denominan zonas típicas, como San Ángel y Coyoacán. Hace un año sufrí la suspensión de una obra por la presión de un grupo de fundamentalistas enajenados, plenamente apoyados por las autoridades. La ciudad perdió un diálogo —cuidadosamente planeado— entre dos arquitecturas con dos mil años de distancia. Me refiero a Cuicuilco. A esa corriente de opinión y de gusto no le importa, en absoluto, la desaparición de la arquitectura moderna.

El segundo comentario es más delicado y, tal vez, más triste: La arquitectura moderna, cuando se originó, no fue un simple cambio de estilo, fue una profunda revolución que transformó la forma de construir, o más bien, fue una nueva poética de las técnicas constructivas que se venían inventando desde mediados del siglo XIX. Pero el desarrollo de esa nueva poética fue muy penoso para la primera generación de arquitectos modernos.

La arquitectura moderna, cuando se originó, no fue un simple cambio de estilo, fue una profunda revolución que transformó la forma de construir.

Estuvo lleno de disputas y fracasos con los clientes y autoridades. Basta recordar algunas de las cartas que guarda la Fundación Le Corbusier, como las que le dirigió el dueño de la famosa casa en Poissy: la Ville Savoye, obra que figura en cualquier lista de las construcciones fundamentales del siglo XX. El cliente reclamaba a Le Corbusier que la cantidad de cambios en el proyecto habían demorado la obra al doble de tiempo de una construcción normal, y que se iba a gastar también mucho más que en una construcción en piedra, siendo que Le Corbusier le había prometido que costaría menos. Inventar una nueva manera de construir afecta al abastecimiento de materiales, a las costumbres de la mano de obra y, lo más difícil, requiere la invención de todos los detalles. Fue muy penoso y llevó también a muchos errores que se manifestaron en muy poco tiempo. La Ville Savoye que vemos ahora como museo se ha vuelto a rehacer, prácticamente. Yo trabajé en el despacho de Le Corbusier en 1948 en el diseño y cambio de toda la herrería. Estaba deshecha en sólo 16 años. En nuestro medio hemos observado el deterioro de obras por el poco espesor de los muros; el daño y caída de recubrimientos realizados con piedras muy delgadas; la corrosión de secciones metálicas de poco espesor; el poco aislamiento de frágiles azoteas y el mal comportamiento de algunos concretos. Gran parte de la arquitectura moderna “que pretendemos salvaguardar” ha sido mal construida, no ha resistido el paso del tiempo (no sé si con razón, yo he sido un abogado de la piel dura de los edificios). Todos ustedes conocen el Centro Pompidou, al que ahora, en tan sólo 20 años, se le invierten en reparaciones cantidades superiores a lo que costó originalmente. Existen cientos de ejemplos en todos lados del mundo.

Y, para terminar, algo que también habrá que tomar en cuenta: algunos arquitectos, buenos y famosos, de generaciones recientes, proponen abiertamente que la arquitectura debe ser perecedera. Que siga el ritmo de los cambios vertiginosos que suceden en el mundo actual. Nos proponen una nueva plástica efímera e improvisada. No les falta razón. Nunca como ahora la ciudad cambia constantemente su imagen. ☺



Le Corbusier. Convento de La Tourette, 1960.